



Nº 2



EL GATO SIN BOTAS

Revista de Cuentos

Año 1. Núm. 2.
OTOÑO 1987.

Directores:

RAMON DIAZ ETEROVIC

SONIA GONZALEZ VALDENEGRO

Correspondencia:

Casilla 304, Centro de Casillas,
Santiago.

Colaboradores:

Hernán Venegas

Germán Arestizábal

Sergio Gaytan

Portada: Francisca Iriarte

suscríbese

SUSCRIPCIONES:

Por 3 números Nacional \$ 600.-
Extranjero 10 U\$D

Los pedidos y envíos de valores (cheque bancario o giro postal) deben hacerse a nombre de Ramón Díaz Eterovic.

PRESENTACION

De las siete vidas que tiene este gato, entregamos la segunda con el buen ánimo de siempre y la regularidad a que están condenadas la mayoría de las revistas literarias alternativas o marginales.

En las páginas centrales hemos incluido un trabajo de Eduardo Galeano sobre el oficio de escribir y la responsabilidad del escritor. En materia de cuentos presentamos a Charles Bukowski, considerado por algunos, el más grande escritor norteamericano de relatos después de Hemingway, y un autor cada vez más conocido en nuestro medio. Este número de "El Gato sin Botas" se completa con una selección de cuentos cortos, y textos de Poli Delano, Elizabeth Subercaseaux, Ramón Díaz Eterovic, Eduardo Correa, José Paredes y Marcelo Novoa. Lo novedoso está dado por dos relatos de Germán Arestizábal, destacado dibujante que además nos ha permitido conocer y entregar el trabajo gráfico de Francisca Iriarte e Isabel Izquierdo. En lo gráfico señalamos también las viñetas del poeta Andrés Sabella.

El resto lo hacen otros cuentos, algunas reseñas críticas y nuestra esperanza de estar poniéndole el cascabel al gato.



POLI DELANO

EL MAR

Acabo de recibir una carta de Rogelio —desde un punto del globo bastante lejano— en que el pobre desdichado me cuenta que está en el cuarto de su hotel escribiendo a sólo 15 metros del mar. Cuando se refiere al mar dice algo muy bonito. Dice: "... con la ventana abierta, escuchando ese rugido tan familiar y querido, aunque sea de un mar cabrón, gris de color, que no huele a nada y que ni siquiera es capaz de parir un par de almejas". Y esto, desde luego, se debe a que no cualquier mar es como algunas zonas de ese tramo largo del Pacífico que baña nuestro país entero de norte a sur y donde solíamos en otras épocas pasar muchas horas, días, semanas y hasta meses. Años no. Porque de algún modo u otro Santiago estaba siempre de por medio, y era ahí donde había que asistir al colegio, a la universidad, a la oficina o adonde fuera. Pero lo que quiero decir es que si enfilábamos rumbo en dirección oeste desde cualquier punto de la ciudad —o del país, incluso, diría, aún sin ignorar que en el norte el desierto es cosa seria de cruzar— no se nos iba más de su hora y media para llegar hasta las verdes aguas del océano, esas aguas frías, casi hostiles a la piel del afuerino, pero donde las almejas y las cholgas y las ostras agarraban un yodo insuperable. A veces, de muchachos (cuando podíamos dormir embutidos en un saco de campaña bajo el cielo y sobre la arena o, aún sobre las piedras) nuestro principal interés era bañarnos, nadar, abordar o hacerles el quite, por ejemplo, a esas olas gigantes que azotaban la Playa Chica en las mañanas de viento; desde luego que buscar también algunas niñas de buen cuerpo y sonrisa generosa a quienes poder asombrar con nuestras

destrezas acuáticas para luego, por las tardes, después del clásico paseo a lo largo de La Terraza, robarles un par de besos fáciles. Más adelante, unos cuantos años, quiero decir, el baño no era ya nuestra principal causa para viajar constantemente al mar. Podía ser la pesca tranquila desde los roqueríos, el descanso de la rutina en que envuelven las ciudades, el cambio de ambiente, relajante para los nervios ajetreídos, el deseo de comerse en grupo un buen plato de erizos al matico, de machas a la pamesana, o un insuperable filete de congrio. Todavía algunos años después quizás fuéramos más que nada a pensar, a contemplar ese ritmo tranquilo de las olas durante horas en que el pasado podía enseñarnos algunas cosas importantes, otras fundamentales. Mirando hipnotizados esa masa de agua cambiante. Recuerdo siempre una frase que mi amigo Manuel —también con él nos escribimos desde lejos— puso en una de sus novelas. Decía: "Fundaría un país a la orilla de tus ojos, cambiantes como el mar". Creo que no he leído nunca una declaración de amor más efectiva, más dinámica. Manuel también tuvo que salir después de la tragedia de septiembre y anda por ahí perdido en otros continentes... Y éramos siempre un buen grupo de marinos de agua dulce que de algún modo, juntos, habíamos aprendido a sacarle a la vida una que otra cosa positiva —la risa, por ejemplo— y a saber que nuestras costas podían ser un factor primordial en ese descubrimiento. A Antonio, para citar un caso, si le gustaba la Playa Chica era por todo lo contrario. Típico y de buen tono resultaba decir: "Cartagena en invierno es precioso, magnífico, de primera, pero

chi
212

en verano no se puede aguantar, tanta gente, tan atestado (tanto "roto" para los más místicos), ni andar se puede". Antonio, en cambio, con su vitalidad de bestia nueva, y sin complejos de su incipiente panza, dijo, entre niños que tiraban arena a los ojos, entre pelotazos y fotografías, entre panes de huevo y las canciones del loco "Mejillones" por un peso, entre niñas de todos los colores y viejos de todas las edades, entre quitasoles y tarzanes bronceados que levantaban pesas, dijo: "esto es lo que me gusta a mí. Me carga el huevo de la playa solitaria". Sin embargo, también es cierto que a cinco kilómetros de ahí estaba justo el lugar para la cita clandestina, para que el señor Equis, casado con la señora Zeta (de Cartagena) se encontrara con la señora Jota, casada con el señor Eme (veraneando en Las Cruces). ¿No te acuerdas, Rosana, cómo nos dejábamos ir por las pendientes suaves de las dunas, cerca de los conchales primitivos, cómo nos besábamos, cómo tú me pasabas las manos por mi melena de vago impenitente, cómo yo de pronto me quedaba helado sólo de contemplar la hermosura de tu cuello, esa curva suave, larga, que no puede tener metáforas, y nos desnudábamos tan sueltos de cuerpo, total, ahí quién? ¡bamos de a poco llegando hasta el mar y entre yo mirándote y tú mirándome todo era puro asombro, como si nunca nos hubiéramos visto antes, como si fuera una primera vez, primera y única vez desesperada, porque en ese momento quizás lo importante, lo primordial, era que el tiempo, las malditas horas, se venía encima muy rápido, casi como si ya se estuviera acabando todo, como si fuéramos a morir y el último adiós —la copa del estribo— reventara en ese encuentro solitario, tan secreto, tan angustioso, porque después de todo ¡en eso la libertad es que no era nuestra. Y sonaba la campana como en los colegios cuando el recreo termina y otra vez a clases, ya, adiós amor, reina preciosa, adiós cabro de los cielos, sí mañana no, pero el martes; el martes sí como ese, contra viento y tempestades, te dejarías quitar la polera roja, el blusín ajustado, para que mis pobres ojos de mortal silvestre otra vez se abrieran enormes ante el abismo de tu figura delgada y curvilínea apenas cubierta por un calzón blanco y un sostén que tampoco engañaba a nadie. Sobre la arena sentada japonesamente hasta que mis manos violentas y también solidarias, pero sobre todo violentas, te arrancaron a tirones aquello y quedaras convertida en una Eva de veras maravillosa para la que cualquier pobre Adán fuera apenas un vello del empuje. Sí te acuerdas de cómo entonces mis manos te retorcieron el recorrido, de tu sonrisa que no podías ver pero que yo sí calibraba muriéndome de tanto deseo mientras entre risas y mariposas íbamos rodando al agua, a meternos en esa sal donde hacer el amor flotando era tarea de titanes, de un par de bárbaros titanes para los que ese momento de amor pudiera ser la única razón de vivir, pero Rosanita, no te aflijas ante el recuerdo de la violencia —no la de los

celos—, la del mar, que es el gran regulador, porque "las tadechitas de Buenos Aires tienen ese qué se yo", recuerda, detenidos ahí entre semáforos y melones, llenos de gentes alrededor que también sabían que estaban "plantaos plantaos" y antes de apretar el botón de la radio del auto, te dije: "quiero regalarte un tango".

— ¿Cuál?

— Piantao.

Y te dije "aquí lo tienes, con 'valsecito bailador' y todo", y entonces aprieto el botón y suena la radio como un mago de cuentos orientales justo diciendo "vení, volá, vení" y ahí, queriéndonos entre angustias automovilísticas, cordilleranas, o incluso hasta de la onda aviadora, no creas Rosana que no, nunca vayas a creer que no, la vida tiene sus puntos y comas y de veras pienso que un amigo que tengo está justo en el medio de la razón cuando dice que de todas las cosas, lo primero es el mar; sí, largas playas solitarias con amplios dunales donde ningún acto secreto podía ser descubierto desde la tierra. Todo eso: el baño, el amor, los mariscos, la meditación, todo eso era el mar. Por eso la carta de Rogelio me ha puesto en onda pensativa, nostálgica, acaso sabía frente a tantos hechos. "Sabía" puede parecer pedante. Pero la verdad, han pasado no sólo algunos años, sino también bastantes cosas. ¿Baeza, dónde está? Durante un tiempo —marino nato— sólo pudo oír el mar sin verlo porque los verdugos le vendaron la vista cuatro meses enteros en la isla Quiriquina, donde olas y resaca se escuchaban de cerca. ¿Dónde está ahora? ¡En Tanzania! Todos, todos están en países raros, transplantados, adaptándose a nuevos climas. Casi siempre lejos del mar. Ernesto en Noruega, cerca de las legendarias Loforen; un poco más próximo a las olas que los demás. Y Saurio, ocultándose de los fríos de Vancouver en una sala de hospital donde su voz cansada no tiene posibilidades de ejercicio; mirado desde el otro lado de un vidrio por su tierna Negra y por los niños asombrados y dolidos. Lejos del mar. Y el "Mono", poetizando el socialismo, sin erizos ni ceviche ni boleros de la vieja guardia. Lejos del mar. ¿Será posible que las furias de Satán hayan arremetido contra todos a la vez? ¿Que la muerte entre torturas de Enrique y Víctor, que el cáncer ya sin vuelta de doña Olga, la sordera de Baeza, la neurosis de Rogelio y el suicidio de Jorgito sean producto también de la circunstancia histórica? ¿Pero por qué entonces a mí no me ha pasado nada? Quién sabe si en el mar se encuentre la razón. Al comienzo, lo miraba durante largos ratos al llegar del trabajo. Sí, el mar. Me sentaba a mi escritorio, apagaba las luces (menos la lamparita roja) y lo miraba hipnotizado, igual que en otros tiempos allá lejos, apoyado sobre la baranda del buque, de pie contra el viento en los roqueríos de abajo, o desde el ojo de buey de mi camarote, sobrevolado por gavio, en espera de cardumen para lanzarse piqueros que parecían flechazos inequívocos, las casitas de Las

(Continúa en la contraportada)

HEMINGWAY Y EL CUENTO

Ernest Hemingway (1899—1961) no necesita presentación. Su obra literaria es reconocida a todo nivel de críticos, escritores y público lector en general. Para muchos es junto con Julio Cortázar uno de los autores que más ha aportado a la renovación del cuento contemporáneo. Por esto, hemos extraído breves textos de su libro "París era una fiesta" y de algunas entrevistas concedidas por Hemingway al escritor Kurt Singer, contenidas en el libro "Ernest Hemingway. Su vida y sus amores". En estos textos, se visualiza la concepción que tenía Hemingway sobre el cuento y el oficio de escribir.

"El cuento se estaba escribiendo solo y trabajo de me daba seguirle el paso".

"Luego otra vez a escribir, y me metí tan adentro en el cuento que allí me perdí. Ya lo escribía yo y no se escribía solo".

"Al terminar un cuento me sentía siempre vaciado y a la vez triste y contento, como si hubiera hecho el amor y aquella vez estaba seguro de que era un buen cuento, aunque para saber hasta dónde era bueno había que esperar a releerlo al día siguiente".

"Mientras estaba trabajando en algo mío, me resultaba necesario leer al acabar de escribir. Si uno sigue pensando en lo que escribe, pierde el hilo y al día siguiente no hay modo de continuar. Yo necesitaba hacer ejercicio, cansarme el cuerpo y además era buena cosa hacer el amor con la persona que uno amaba. No había nada mejor que eso. Pero luego, vacío, era una necesidad leer para no pensar en el trabajo, ni preocuparse hasta el momento de reemprenderlo. Por entonces ya me había acostumbrado a no sacar nunca el pozo de lo que escribo, y a pararme siempre cuando todavía queda algo en lo hondo del pozo, y a dejar que por la noche lo volvieran a llenar las fuentes de que se nutre".

"Era un cuento muy sencillo titulado "Out of Season", en el cual omití el verdadero final, que era que el viejo protagonista se ahorcaba. Lo omití basándome en mi recién estrenada teoría de que uno puede omitir cualquier parte de un relato a condición de saber muy bien lo que uno omite y de que la parte omitida comunica más fuerza al relato y le da al lector la sensación de que hay más de lo que se le ha dicho".

"Me di cuenta de que tenía que escribir una novela. Pero parecía imposible conseguirlo, precisamente cuando, esforzándome con gran dificultad había aspirado a meter en un solo párrafo el destilado de todo lo que sale en una novela. Tenía que ponerme a escribir cuentos más extensos, y a entrenarme para una carrera de larga distancia".

"Yo quiero escribir de modo que haga efecto sin que el que lea se dé cuenta y así, cuanto más lea más efecto le hará".

"Dije que no me parecía que nadie pudiera escribir sin esforzarse por hacerlo lo mejor posible".

"Cuando trabajo en una obra, novela o cuento, escribo todas las mañanas en cuanto aparece la primera luz, en lo posible. Nadie lo molesta a uno, y el aire es fresco o frío, y se mete uno en el trabajo y se calienta a medida que se escribe. Se relea lo que se ha escrito, supuesto que siempre se detiene uno cuando sabe lo que va a seguir después. Se escribe hasta el sitio exacto en que todavía se tiene la inspiración".

"Digamos que el joven escritor debiera ir a colgarse, porque considera que el escribir bien es difícil hasta la imposibilidad. Luego se le debe descolgar, sin misericordia y obligarlo a que escriba tan bien como pueda por el resto de su existencia. Por lo menos tendrá la anécdota de su colgadura para empezar".

"... un escritor no necesita mucho de qué partir. Quizás primero que todo una idea, y luego es nuestra propia experiencia y propia imaginación lo que cuenta. Después de eso, la principal tarea es decir lo que uno desea decir del modo en que uno desea decirlo".



CHARLES BUKOWSKI

Ronnie tenía que encontrarse con los dos hombres en el bar Alemán, en el distrito Silverlake. Eran las 1:15 de la tarde. Estaba allí solo, sentado a una mesa bebiendo cerveza. La camarera era rubia, con un magnífico culo, y sus tetas parecían como si fuesen a salirse de la blusa.

A Ronnie le gustaban las rubias. Era como patinar sobre hielo o sobre ruedas. Las rubias eran patinaje sobre hielo, es resto un pobre patinar sobre ruedas. Las rubias incluso oían diferente. Pero las mujeres significaban problemas, y para él a menudo los problemas superaban totalmente el goce que ellas pudieran darle. En otras palabras, el precio era demasiado alto.

De todas formas, un hombre necesita una mujer de vez en cuando, pensó, si más no para probarse a sí mismo que puede conseguirla. El sexo era algo secundario. No había un mundo de amantes, ni nunca lo habría.

7:20. Se volvió hacia ella para pedirle otra cerveza. Ella se acercó sonriendo, la cerveza delante de sus tetas. Uno no podía evitar que le gustara mientras se acercaba de ese modo.

—¿Te gusta trabajar aquí? —le preguntó él.

—Oh, sí, conozco a muchos hombres.

—¿Buenos tipos?

—Buenos y de los otros.

—¿Cómo puedes clasificarlos?

—Lo puedo saber sólo con mirarlos.

—¿Qué clase de hombres soy yo?

—Oh —se rió— usted es bueno, por supuesto.

—Te has ganado la propina —dijo Ronnie.

7:25. Ellos dijeron a las 7. Levantó la vista. Allí estaba Curt. Traía al tío con él. Se acercaron y se sentaron a su lado. Curt despostricaba contra un lanzador de béisbol, pidió una jarra de cerveza.

HOMBRE MAZO

—Los Rams son peores que la mierda —dijo Curt—. Me han costado más de 500 dólares esta temporada.

—¿Crees que Prothro está acabado?

—Sí, ya no es nadie —dijo Curt—. Ah, éste es Bill. Bill, éste es Ronnie.

Se estrecharon las manos. La camarera llegó con el jarro.

—Caballeros —dijo Ronnie—, ésta es Khaty.

—Ah —dijo Bill.

—Ah, sí —dijo Curt.

La camarera se rió y se fue.

—Es buena cerveza —dijo Ronnie—. Llevo aquí desde las siete esperando. Por eso lo dijo.

—No querrás emborracharte —dijo Curt.

—¿Es de fiar? —preguntó Bill.

—Tiene las mejores referencias —contestó Curt.

—Mira —dijo Bill— no quiero comedias. Es mi dinero.

—¿Cómo sé yo que no es usted un cochino poli —preguntó Ronnie.

—¿Cómo sé yo que no te vas a largar con los 25.000 dólares?

—Tres de los grandes.

—Curt dijo dos y medio.

—Lo acabo de subir. No me gusta usted.

—A mí tampoco me preocupa mucho tu culo. Y tengo la suficiente inteligencia como para no seguir hablando contigo.

—Seguirá. Usted solo nunca se atrevería a hacerlo.

—¿Sueles hacer estas cosas a menudo?

—Sí. ¿Y usted?

—Está bien, caballeros —dijo Curt— a mí no me interesan sus disputas. Yo quiero mi billete grande por el contrato.

—Tú eres el que mejor sales, Curt —dijo Bill.

—Sí —dijo Ronnie.

—Cada hombre es experto en sus propios asuntos —dijo Curt encendiendo un cigarrillo.

—Curt, ¿cómo sé que este tío no va a largarse con los tres grandes?

—No lo hará, porque si lo hace no podrá volver a trabajar. Y es el único trabajo que sabe hacer.

—Eso es horrible —dijo Bill.

—¿Qué tiene de horrible? Tú lo necesitas ¿no?

—Bueno, sí.

—Otras personas también necesitan de él. Dicen que cada hombre es bueno para una cosa. El es bueno para esto.

Alguien metió una moneda en la máquina de discos y ellos se quedaron un rato en silencio, oyendo la música y bebiendo cerveza.

—Me gustaría de verdad darle a esa rubia —dijo Ronnie—. Darle por lo menos seis horas de cuello de pavo en el coño.

—A mí también me gustaría —dijo Curt— si lo tuvieras.

—Vamos a pedir otro jarro —dijo Bill—. Estoy nervioso.

—No hay por qué preocuparse —dijo Curt. Se volvió para pedir otro jarro de cerveza—. Esos 500 dólares que he perdido con los Rams, los recuperaré con los caballos en Anita. Lo abren el 26 de diciembre y yo estaré allí.

—¿Va a correr Shoe en la apertura? —preguntó Bill.

—No he leído los periódicos, pero supongo que correrá. No puede dejar de participar en una sola carrera. Lo lleva en la sangre. Es un gran caballo.

—Longden no corre —dijo Ronnie.

—Bueno, es normal; está tan viejo que en vez de atarle la silla, lo atan a la silla.

—Pues ganó su última carrera.

—Porque Campus frenó al otro caballo.

—No creo que vayas a ganar dinero con los caballos —dijo Bill.

—Un hombre inteligente puede ganar dinero con cualquier cosa a la que dedique su cerebro —dijo Curt—. Yo nunca en mi vida he tenido que trabajar.

—Ya —dijo Ronnie— pero yo tengo que trabajar esta noche.

—Y asegúrate de hacer un buen trabajo, querido —dijo Curt.

—Yo siempre hago un buen trabajo.

Estaban allí quietos bebiendo cerveza. Entonces Ronnie dijo:

—Muy bien. ¿Dónde está el maldito dinero?



Dibujo: Francisca Iriarte

TEJER HISTORIAS
Sonia González
CUENTOS

Librería

EL GATO SIN BOTAS

OFICIOS DE LA EPOCA

Lo veo por primera vez. Sentado, descansa con su brazo derecho apoyado en el respaldo de una silla. Sus ojos parecen fijos en algún punto de la sala, y cuando se percata de mi presencia me estudia un instante antes de hablar. No es día de visitas, y se encuentra solo en la pieza, rodeado de un silencio que se podría cortar con un cuchillo. Parece tranquilo, y de no ser por el guardia que lo vigila tras un ventanal, diría que se encuentra en un Café a la espera del servicio. Lo observo repasando la imagen que de él me hiciera ayer en la tarde, cuando Castro —el jefe de crónica— tiró sobre mi escritorio la primera plana de un diario de la competencia. Necesito una buena historia de eso, me dijo, y aguardó que leyera la noticia. "Torres murió simplemente porque se encontraba allí", decía el último párrafo, y luego de leerlo pensé que en los tiempos que corren, dos muertos a sangre fría no es algo que me estropee el desayuno. Sin embargo no se lo dije a Castro, intuyendo que si había hecho el sacrificio de salir de su oficina era porque algo que olía mal entre las líneas lo apuraba. Te conseguí autorización para la entrevista, y Olivares está de acuerdo, agregó. No tengo nada que ocultar, me dice desde un comienzo, adivinando la desconfianza que se me escapa por los poros, y pienso que no resta más que oírlo reconstruir su versión de la noche aquella. Olivares se detiene frente al Club, mira su reloj y con paso rápido cruza la amplia puerta de entrada. Llega atrasado, y lo prefiere así, para enfrentarlo sin tiempo se sobra que lo haga pensar. Se detiene en el comedor muy concurrido a esa hora, y en un rincón descubre a Quintul y Torres que lo esperan. No contaba con la presencia de Torres, pero una vez que lo vi decidí aceptar las cosas tal cual venían y no variar mis planes. Con Quintul nos saludamos con afecto, como correspondía a los viejos amigos que éramos. Desde la Escuela. El de un par de promociones anteriores, hombre ya formado cuando a mí no me crecía ni pelo en la barbilla, pero de todos modos amigos, provincianos los dos, unidos los fines de semana en que nos dejaban francos y éramos los únicos que nos quedábamos parados en la puerta sin saber qué rumbo tomar. Así nos conocimos, y de ahí casi todo lo hicimos al mismo tiempo. Todo, menos salir de la Escuela, casarnos y aceptar el trabajo extra, ese que decía hacer por la patria, sin dejar de reírse de oreja a oreja. Comieron con ganas esa noche. Bebieron fuerte, como lo hacían cada vez que se juntaban, aunque Olivares se limitó sin que sus amigos se dieran cuenta, saltándose vasos de vino, mojando sus labios sin beber, jugando más de la cuenta con el hielo del whisky que sobrevivía después del café. Hablaron lo de costumbre. Recuerdos de la Escuela, de los primeros trabajos en conjunto, y de tanto en tanto, unas bromas que Torres no entendía, ya que él era de otra esquina, y si algún mérito tenía era haberse



aparecido en un momento determinado con su vehículo disponible para todo trabajo a cambio de una buena paga. Hasta podría haberme divertido si no hubiese sido por el peso de la verdad. Creo que hasta quise arrepentirme, pero miré a Quintul y me convencí que él lo entendería. No existía nada personal, sólo negocio, y si no era yo, vendría cualquier otro. Eso él lo sabía y el jefe también. Se salió de la causa y anda hablando más de la cuenta, me dijo, mientras anotaba el nombre de Quintul en una hoja. No necesito decirte nada más, tú sabes Olivares cómo son las cosas, cómo protegemos a los nuestros, y que nadie se sale sin consentimiento, agregó, rayando con su lápiz el nombre escrito un rato antes. Esto último lo recuerdo sin decirselo al periodista. Hablar con él también es una orden. Teje tu historia, hazla firme y con detalles, y te sacamos del lfo, me dijo el jefe ayer cuando vino a contarme de la entrevista. Parece muy seguro de lo que dice, pero Olivares no se engaña, pienso mientras voy tomando algunas notas. Cree estar metiéndose el dedo en la boca, como si yo fuera un moco al que lo embaucan con un plato de flan. Y sin embargo tengo que creerle, aunque se confunda en su relato y sin proponérselo me cuenta que la cita con Quintul estaba preparada y no fue casual como decía la noticia del diario. Llamó a Quintul y se pusieron de acuerdo. Torres llegó de casualidad. Se encontraron en el centro con Quintul y éste lo arrastró hasta el Club. Le gustaba andar acompañado, tener alguien cerca que lo escuchara reafirmando sus ideas. Tal vez por eso me ofreció trabajar con él cuando supo que me darían de baja por lo del balazo que astilló mi rodilla y me hace renga. No se equivocó en su propuesta. No renuncié cuando él lo hizo. Entendí que una vez adentro es imposible arrepentirse. Cuestión de estómago en definitiva, porque a la larga el traje es el mismo para el cual a uno lo entrenan. Quintul lo sabía, y por eso no entendí su cambio de opinión. No, no es para anotarlo en la Biblia —me dijo la vez que conversamos de ello— pero qué quieres, Olivares, hace rato que para nosotros pasó la primera comunión; y si pagan bien, da lo mismo que sea contra rojos o patos malos. Miente, pienso mientras sigiendo dándole detalles insignificantes de la comida. Repite su libretto, y si se lo digo después a Castro, saldrá

con eso de, qué te asombras Peña, sabemos con qué tinta se escribe la historia oficial. Y luego dirá que no hay que avinagrarse los riñones más de la cuenta y menos correr el riesgo de perder la pega. Estaban ebrios cuando salieron del Club. Quintul insistió en seguir con los tragos en un cabaret, y Torres no perdió puntada, avivando la iniciativa con una larga lista de direcciones a donde ir a rematar la juerga. Los seguí porque estaba en el juego y no podía actuar de manera diferente a otras veces. Después de todo, ahora que desenrollo mi historia para el idiota que mandaron a entrevistarme, todo eso de más consistencia a mi historia. La que no sería necesaria sino hubiese sido por ese testigo que apareció detrás de no sé qué maldita ventana. Los sucesos —anoto en mi libreta— ocurrieron luego de que los tres presuntos amigos abandonaron un sitio de diversión nocturna a altas horas de la madrugada. Nos subimos al taxi de Torres y estuvimos dando vueltas sin sentido, discutiendo dónde seguir la fiesta. Decidí que si no daba un corte a lo que pasaba, los tragos se apoderarían de mi cabeza y no sería capaz de cumplir con el encargo. Pretexté trabajar a primera hora y fue para peor. Quintul me hizo reproche de haberlo abandonado, y sus gritos subiendo a cada instante de tono parecían desestabilizar aún más al auto que zigzagueante se comía las cuadras. La discusión prometía para largo, pero Torres se interpuso deteniendo su taxi para que decidiéramos qué hacer. Quintul se tranquilizó y comprendí que llegaba mi turno. Despacio, protegido por las sombras del vehículo, Olivares sacó la pistola que guardaba en un bolsillo de su chaqueta. Comprobó que la bala estaba en su sitio, pasada, haciendo un breve ruido metálico que Quintul alcanzó a percibir. Miró a Olivares sin lograr decirle nada. La bala le dio en medio del corazón. Se escuchó un quejido agudo y su cuerpo se dobló en dos golpeando la frente en el portaguyas del auto. Torres tampoco pudo reaccionar. El proyectil se metió en un costado de su ojo derecho, su cabeza se estremeció y luego rebotó contra el respaldo del asiento. No tuve necesidad de comprobarlo. Lo único que se agitaba al interior del taxi era mi respiración. Esperé a calmarme un momento, volví a meter en mi chaqueta el arma y salí a la calle. No sé por qué pasó, me dice Olivares, apartando su mirada, y pienso que no tendría que escucharlo de no ser por el testigo que lo vio salir del auto. Un vecino del lugar que no quiso identificarse, y con el cual logré hablar ayer después de muchas averiguaciones, me informó que al escuchar los disparos se asomó a la ventana de su casa para ver lo que pasaba, y vio un auto detenido con las luces encendidas. Al cabo de un rato —me dijo— descendió un tipo de unos cuarenta y tantos años, que vestía pantalones grises y una chaqueta oscura. Caminaba con dificultad, arrastrando una pierna. Asustado, el testigo alertó a otros vecinos, ninguno de los cuales se atrevió a entrar en el auto ni a denunciar de inmediato los disparos a Investigaciones. Sólo en la mañana decidimos llamar a carabineros, ya que como del taxi salía el ruido de un radiotransmisor, pensamos que se trataba de un asunto de ellos. Una vecina abrió la puerta del auto y encontró a las dos personas muertas.

Llamamos por teléfono, pero nadie quiso poner la cara para hablar con los pecos. Tal vez ni siquiera debiera hablar con usted, ya que uno hace la denuncia y lo terminan encanando. Corrí unas cuadras, hasta que pude detener un bus que me llevó a mi casa —le digo al periodista— e insistió que solamente por los tragos se explica lo hecho; y siento que él no me cree, y en verdad me da lo mismo que lo haga o no, porque lo que de verdad me molesta es aceptar que en algún instante dejé que se me extraviara el control de lo que ocurría. Lo supe cuando luego de dormir un par de horas escuché las noticias que daban por la radio. No me quedaron dudas un rato más tarde, al llegar el jefe a mi casa para decirme que me habían identificado, y los ratos no demoraban en detenerme. Te vieron en la calle y te equivocaste al escoger el Club como punto de reunión —me dijo— y enseguida agregó que no me dejaría solo. Escucho sus justificaciones y con mi posterior silencio pongo término a la entrevista. Ya no necesito preguntar nada más. De seguro Castro tendrá que corregir mi artículo, y pensará que estoy pensando y necesito un par de semanas de vacaciones. Me pongo de pie y me despido del periodista. Le hago una seña al guardia y éste llega a buscarme a la puerta. No hay nada que temer, el jefe sabe como sacarme del embrollo.

Ramón Díaz Eterovíć (Punta Arenas, 1956). Ha publicado: "Cualquier día"; "Obsesión de año nuevo" y "Atrás sin golpe". El cuento publicado pertenece a su libro inédito: "Ese viejo cuento de amar".



Dibujos: Isabel Izquierdo

—Ya lo tendrás, ya lo tendrás —dijo Bill—. Tienes suerte de que acepte darte 500 dólares de más.
 —Lo quiero ahora. Todo.
 —Dale el dinero, Bill. Y ya que estás en ello, dame de paso el mío.
 —Estaba todo en billetes de cien. Bill lo contó debajo de la mesa. Ronnie recibió lo suyo primero, y luego Curt. Lo contaron. Correcto.
 —¿Dónde hay que ir? —preguntó Ronnie.
 —Aquí —dijo Bill, entregándole un sobre—. La dirección y la llave están dentro.
 —¿Está muy lejos?
 —A unos treinta minutos. Coge la autopista de Ventura.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro.

—¿Por qué?

—Por qué

—Sí ¿por qué?

—¿Te importa?

—No.

—¿Entonces por qué preguntas?

—Demasiada cerveza, supongo.

—Puede que es mejor que te vayas ahora —dijo Curt.

—Sólo un jarro más de cerveza —dijo Ronnie.

—No —dijo Curt— vete ahora.

—Bueno, mierda, está bien.

Ronnie se levantó y salió de la mesa, caminó hacia la salida. Curt y Bill se quedaron sentados contemplándole. El salió afuera. La noche. La luna. El tráfico. Su coche. Lo abrió, subió y arrancó.

Ronnie buscó la calle con cuidado y la casa con más cuidado aún. Aparcó una manzana y media más lejos y volvió. La llave entró en la cerradura. Abrió la

Charles Bukowski (USA). "El mejor cuentista desde Hemingway" ("Los Angeles Times"). "Es el campeón mundial de los escritores pesos pesados" (Der Spiegel).

puerta y entró. Había un aparato de televisión funcionando en la salita vacía. Caminó sobre la alfombra.
 —¿Bill? —preguntó alguien. El escuchó con atención. La voz venía del baño.

—¿Bill? —preguntó ella de nuevo. El abrió la puerta de un empujón y allí estaba, sentada en la bañera, muy rubia, muy blanca, muy joven. Ella gritó al verle. El puso sus manos alrededor de su garganta y la sumergió bajo el agua. Sus mangas se empaparon. Ella daba manotazos, agitando y revolviéndose violentamente. Se puso tan mal la cosa que tuvo que meterse en la bañera con ella, con ropas y todo que subirse encima y sujetarla bajo el agua. Finalmente ella se quedó inmóvil y Ronnie dejó de apretar. Salió de la bañera.

La ropa de Bill no le venía muy bien, pero al fin y al cabo estaba seca. La toalla estaba mojada, pero se quedó con ella. Luego salió de allí, caminó una manzana y media hasta su coche, subió, arrancó y se fue.



ANGEL AZUL ESCENA CUALQUIERA

Voy tras el farol de una bicicleta, rojo como un cigarrillo. Ladran los perros como un fantasma.

La luna estira sus piernas sobre la hamaca. Encamino mis pasos hacia el "Angel Azul" por entre la bruma del puerto, el Recinto es una nube de humo azul, azul es el vestido de LOLA y negras son sus medias y portaligas que muestran su muslo-estandarte de los años 30, el sexismo de ese tiempo, el cuerpo echado hacia atrás sosteniendo con ambas manos su rodilla, el sombrero de Mandrake brillando bajo los reflectores y ocultando a las sombras como en las penumbras del cine las burlonas risas y comentarios de los odiosos alumnos, jóvenes y sanos con sus jarras de cerveza observando al semicalvo y barbudo profesor acalorado y muerto de vergüenza, con los anteojos empañados, embelesado ante la imagen de aquella voz expresionista de Lola cantando: "los hombres vuelan a mi alrededor como polillas, se acercan peligrosamente como a un farol hasta quemar sus alas, pero qué puedo hacer yo para evitarlo".

Dibujo: Isabel Izquierdo



BOGART

Un piano blanco, el tintineo del hielo en los vasos. Bogart enciende un cigarrillo, un avión surca el cielo de la noche. Ella se fue para siempre mientras él para siempre se pasará el dedo pulgar por los labios, beberá su whisky y pedirá a su viejo amigo el negro Sam, eximio pianista que le permita repetir el famoso tema: Luego andará a tiros por otras películas perseguido por policías y asesinos a sueldo. Será Capitán del "Caine", con toda su neurosis; navegará en "La Reina Africana" río abajo hasta el lago, hundirá un barco alemán en pleno romance con la Katherine Hepburn; se casará con Laureen Bacall. Acunará niños en sus brazos. Viajará en yate, amanecerá con la cruda, dará puñetazos en el mesón del bar, afuera le darán una paliza, partirá en su Chevrolet 40 a cruzar lagos, bosques, sierras y pic-nics; pero ya no podrá volver a "casablanca" como nadie puede volver a lo que más amó.

Uno escribe a partir de una necesidad de comunicación y de comunión con los demás, para denunciar lo que duele y compartir lo que da alegría. Uno escribe contra la propia soledad y la soledad de los otros. Uno supone que la literatura transmite conocimiento y actúa sobre el lenguaje y la conducta de quien la recibe; que nos ayuda a conocernos mejor para salvarnos juntos. Pero "los demás" y "los otros" son términos demasiado vagos; y en tiempos de crisis, tiempos de definición, la ambigüedad puede parecerse demasiado a la mentira. Uno escribe, en realidad, para la gente con cuya suerte, o mala suerte, uno se siente identificado, los malcomidos, los maldormidos, los rebeldes y los humillados de esta tierra, y la mayoría de ellos no sabe leer. Entre la minoría que sabe, ¿cuántos disponen de dinero para comprar libros? ¿Se resuelve esta contradicción proclamando que uno escribe para esa cómoda abstracción llamada "masa"?



EDUARDO GALEANO

DEFENSA DE LA PALABRA

Mucho se ha discutido en torno de las formas directas de censura bajo los diversos regímenes sociales y políticos que en el mundo son o han sido, la prohibición de libros y periódicos incómodos o peligrosos y el destino de destierro, cárcel o fosa de algunos escritores y periodistas.

Pero la censura indirecta actúa de un modo más sutil. No por menos aparente es menos real. Poco se habla de ella; sin embargo, en América Latina es la que más profundamente define el carácter opresor y excluyente del sistema que la mayoría de nuestros países padece. ¿En qué consiste esta censura que nunca osa decir su nombre? Consiste en que no viaja el barco porque no hay agua en el mar: si un cinco por ciento de la población latinoamericana puede comprar refrigeradores, ¿qué porcentaje puede comprar libros? ¿Y qué porcentaje puede leerlos, sentir su necesidad, recibir su influencia?

Los escritores latinoamericanos, asalariados de una industria de la cultura que sirve al consumo de una élite ilustrada, provenimos de una minoría y escribimos para ella. Esta es la situación objetiva de los escritores cuya obra confirma la desigualdad social y la ideología dominante; y es también la situación objetiva de quienes pretendemos romper con ellas. Estamos bloqueados, en gran medida, por las reglas de juego de la realidad en la que actuamos.

El orden social vigente pervierte o aniquila la capacidad creadora de la inmensa mayoría de los hombres y reduce la posibilidad de la creación —antigua respuesta al dolor humano y a la certidumbre de la muerte— al ejercicio profesional de un puñado de especialistas. ¿Cuántos somos, en América Latina, esos "especialistas"? ¿Para quiénes escribimos, a quiénes llegamos? ¿Cuál es nuestro público real?

Desconfiemos de los aplausos. A veces nos felicitan quienes nos consideran inocuos.

Uno escribe para despistar a la muerte y estrangular los fantasmas que por dentro lo acosan; pero lo que uno escribe puede ser históricamente útil sólo cuando de alguna manera coincide con la necesidad colectiva de conquista de la identidad. Esto creo, quisiera uno: que al decir: "Así soy" y ofrecerse, el escritor pudiera ayudar a muchos a tomar conciencia de lo que son. Como medio de revelación de la identidad colectiva, el arte debería ser considerado un artículo de primera necesidad y no un lujo. Pero en América Latina el acceso a los productos de arte y cultura está velado a la inmensa mayoría.

Para los pueblos cuya identidad ha sido rota por las sucesivas culturas de conquista, y cuya explotación despiadada sirve al funcionamiento de la maquinaria del capitalismo mundial, el sistema genera una "cultura de masas". Cultura para masas, debería decirse, definición más adecuada de este arte degradado de circulación masiva que manipula las conciencias, oculta la realidad y aplasta la imaginación creadora. No sirve, por cierto, a la revelación de la identidad, sino que es un medio de borrarla o deformarla, para imponer modos de vida y pautas de consumo que se difunden masivamente a través de los medios de comunicación. Se llama "cultura nacional" a la cultura de la clase dominante, que vive una vida importada y se limita a copiar, con torpeza y mal gusto, a la llamada "cultura universal", o lo que por ella entienden quienes la confunden con la cultura de los países dominantes. En nuestro tiempo, era de los mercados múltiples y las corporaciones multinacionales se ha internacionalizado la economía y también la cultura, la "cultura de masas", gracias al desarrollo acelerado y la difusión masiva de los medios. Los centros de poder nos exportan máquinas y patentes y también ideología. Si en América Latina está reservado a pocos el goce de los bienes terrenales, es preciso que la mayoría se resigna a consumir fantasías. Se vende ilusiones de riqueza a los pobres y de libertad a los oprimidos, sueños de triunfo para los vencidos y de poder para los débiles. No hace falta saber leer para consumir las apelaciones simbólicas que la televisión, la radio y el cine difunden para justificar la organización desigual del mundo.

Para perpetuar el estado de cosas vigente en estas tierras donde cada minuto muere un niño de enfermedad o de hambre, es preciso que nos miremos a nosotros mismos con los ojos de quien nos oprime. Se domestica a la gente para que acepte "este" orden como el orden "natural" y por lo tanto eterno; y de identifica al sistema con la patria, de

modo que el enemigo del régimen resulta ser un traidor o un agente foráneo. Se santifica la ley de la selva, que es la ley del sistema, para que los pueblos derrotados acepten su suerte como un destino; falsificando el pasado se escamotean las verdaderas causas del fracaso histórico de América Latina, cuya pobreza ha alimentado siempre la riqueza ajena; en la pantalla chica y en la pantalla grande gana el mejor, y el mejor es el más fuerte. El derroche, el exhibicionismo y la falta de escrúpulos no producen asco, sino admiración; todo puede ser comprado vendido, alquilado, consumido, sin exceptuar el alma. Se atribuye a un cigarrillo a un automóvil, a una botella de whisky o a un reloj, propiedades mágicas: otorgan personalidad, hacen triunfar en la vida, dan felicidad o éxito. A la proliferación de héroes y modelos extranjeros, corresponde el fetichismo de las marcas y las modas de los países ricos. Las fotonovelas y los teleteatros locales transcurren en un limbo de cursilería, al margen de los problemas sociales y políticos reales de cada país; y las seriales importadas venden democracia occidental y cristiana junto con violencia y salsa de tomates.



No siempre los datos de tiraje o venta dan la medida de la resonancia de un libro. A veces la obra escrita irradia una influencia mucho mayor que su difusión aparente; a veces responde con años de anticipación a las preguntas y necesidades colectivas, si el creador ha sabido vivirlas previamente como dudas y desgarramientos dentro de sí. La obra brota de la conciencia herida del escritor y se proyecta al mundo: el acto de creación es un acto de solidaridad que no siempre cumple su destino en vida de quien lo realiza.



la frase que se va dejando acariciar sola, expandiéndose en lo blanco, repitiendo lo blanco más allá de cualquier limitación, traspasando incluso los límites inciertos de la población para atravesar otras tan distintas y llegar hasta el centro repleto de espejos multiformes, que también repetían esas imágenes, que pronto empezaban a hacerse cotidianas para muchos, hasta que eran algunas partes cubiertas nuevamente por los blancos immaculados listos, por cierto, a las aventuras de futuras grafías. Y ahí aparecía nuevamente él, sigiloso en sus zapatillas blancas, para repetir un verdadero ciclo de existencia y hacernos pensar a algunos que las palabras son del aire y vuelven al aire. Ilufi bien y malintencionado, mensajero de algo en que siempre estábamos dispuestos a creer, frente a lo immaculado de ese instante, escribe: "Pero una noche la mano del destino. Se la llevó de mi lado junto a Dios". Y ahí todos nos pusimos a conjeturar, pues los versos aparecieron no sólo en la población, en lo albo más cercano, sino que también en el centro y otros barrios. El verso triste repetido cien veces y nosotros que transitábamos duro leyéndolo por lo menos veinte veces al día. Y nos entró la duda que si el pobre Ilufi había tenido una gran pena de luto, que si su novia, y todo terminaba vagamente, porque al día siguiente o el verso ya no estaba o había sido reemplazado por otro del estilo de: "la vida es así / que le vas a hacer / no quiero tener más penas / por culpas de una mujer", o "sonrisa milagrosa que es bálsamo en la vida / lo mismo en

Creo en mi oficio; creo en mi instrumento. Nunca pude entender por qué escriben los escritores que mientras tanto declaran, tan campantes, que escribir no tiene sentido en un mundo donde la gente muere de hambre. Tampoco pude nunca entender a los que convierten a la palabra en blanco de furias o en objeto de fetichismo. La palabra es un arma, y puede ser usada para bien o para mal: la culpa del crimen nunca es del cuchillo.

Creo que una función primordial de la literatura latinoamericana actual consiste en rescatar la palabra, usada y abusada con impunidad y frecuencia para impedir o traicionar la comunicación. "Libertad" es, en mi país, el nombre de una cárcel para presos políticos y "Democracia" se llaman varios regímenes de terror; la palabra "amor" define la relación del hombre con su automóvil y por "revolución" se entiende lo que un nuevo detergente puede hacer en su cocina; la "gloria" es algo que produce un jabón suave de determinada marca y la "felicidad" una sensación que da a comer salchichas. "País en paz" significa, en muchos lugares de América Latina, "cementerio en orden", y donde dice "hombre sano" habría que leer a veces "hombre impotente".

Escribiendo es posible ofrecer, a pesar de la persecución y la censura, el testimonio de nuestro tiempo y nuestra gente —para ahora y después. Se puede escribir como diciendo, en cierto modo: "Estamos aquí, aquí estuvimos; somos así, así fuimos". Lentamente va cobrando fuerza y forma, en América Latina, una literatura que no ayuda a los demás a dormir, sino que les quita el sueño; que no se propone enterrar a nuestros muertos, sino perpetuarlos; que se niega a barrer las cenizas y procura, en cambio, encender el fuego. Esa literatura continúa y enriquece una formidable tradición de palabras peleadoras. Si es mejor, como creemos, la esperanza que la nostalgia, quizás esa literatura naciente pueda llegar a merecer la belleza de las fuerzas sociales que tarde o temprano, por las buenas o por las malas, cambiarán radicalmente el curso de nuestra historia. Y quizás ayude a aguardar para los jóvenes que vienen, como quería el poeta, "el verdadero nombre de cada cosa".

Eduardo Galeano (Montevideo, 1940). Algunas de sus obras: "Vagamundo", "Memoria del Fuego", "Con traseñas".

El asunto era verse ahora tarro en mano frente al deseo más grande de todos y quedar estampado memorablemente en una especie de hechizo que veríamos al día siguiente desde la micro, en los paraderos y comentaríamos, ahí está Ilufi, aunque nadie efectivamente supiera quién era en la vida diaria y de su rostro sólo existieran conjeturas diversas que sufrían variaciones respecto a la temática mural y a sus distinciones. Entonces él deja caer

No comparto la actitud de los escritores que se atribuyen privilegios divinos no otorgados al común de los mortales, ni la actitud de quienes se golpean el pecho y rasgan sus vestiduras clamando el perdón público por vivir al servicio de una vocación inútil.

Ni tan dioses ni tan insectos. La conciencia de nuestras limitaciones no es una conciencia de impotencia: la literatura, una forma de la acción, no tiene poderes sobrenaturales, pero el escritor puede ser un poquito mago cuando consigue que sobrevivan, a través de su obra, personas y experiencias que valen la pena.

Si lo que escribe no es leído impunemente y cambia o alimenta, en alguna medida, la conciencia de quien lee, bien puede un escritor reivindicar su parte en el proceso de cambio; sin soberbia ni falsa humildad, y sabiéndose pedacito de algo mucho más vasto.

Me parece coherente que renieguen de la palabra quienes cultivan el monólogo con sus propias sombras y laberintos sin fin; pero la palabra tiene sentido para quienes queremos celebrar y compartir la certidumbre de que la condición humana no es una cloaca. Buscamos interlocutores, no admiradores; ofrecemos diálogo, no espectáculo. Escribimos a partir de una tentativa de encuentro, para que el lector cumlague con palabras que nos vienen de él y que vuelven a él como aliento y profecía.





horas buenas que en la adversidad"/, Y todos nos poníamos a pensar en que cómo Ilufi se había decidido por los versos, si hasta debía haberle pasado algo extraordinariamente grande, para que le aflorara su vena creativa. Y todo siguió así hasta que Manolito Cedrón descubrió que los primeros versos que había anotado Ilufi correspondían al tango Abuelito de Carlos Cabral, Alberto Laporte y Eduardo Tronzo, porque cuando había visto el verso se había también acordado de un disco viejo que ya casi nunca tocaba y se le ocurrió comprobarlo. La noticia sí fue noticia y en ese ir y venir de versos sueltos y dispares que proliferaban en las calles empezamos a tratar de adivinar procedencias, orígenes más acertados e incluso melodías. Fue entonces que dejábamos pasar tres micros antes de subirnos tratando de ponernos de acuerdo en que sie "Cuántas veces derrotado yo me alcé para gritar, más el miedo de perderme me frenó" correspondía al tango Derrotado o al tango canción El encopao con letra de Enrique Dizeo y Osvaldo Pugliese. Hacíamos que Toño Ríos cambiara el recorrido de la treintaidós para encontrar más pistas dispersas por Ilufi, y ahí nos largábamos a buscar cancioneros antiguos en la librería del Ramón Díaz que se fue convirtiendo en el patrón de las tertulias tangueras, dejando que sus conocimientos fueran los más acertados luego del discurso que pronunciara un día viernes en nuestra sede social, destacando que algunos versos que nos habían llamado la atención pertenecían al tango Derrotado con letra de José Terragno y Agustín Bernarde y música de Antonio M. Arcieri y que la segunda estrofa se iniciaba con "Yo quemé en tus amores lo mejor de mi ilusión / y perdí la esperanza de llegar a reaccionar". Fue entonces que a los de las

radios y de algunos micros se les ocurrió lo de los concursos en los que animaban a la gente a participar con el anzuelo de los grandes premios y todos, que ya casi no íbamos a trabajar, empezamos a participar, y en la treintaidós y otros recorridos se escuchaba tararear bajito, silbar, esbozar algunas estrofas hasta que alguien saltaba con la letra completa y nos apurábamos a llenar los cupones para ver si esta vez la suerte nos tocaba con "Han pasado los años y al correr del tiempo / con la mano puesta sobre el corazón / te juro que siento vergüenza del día / que valiendo una guita me creía el Sol" con letra de Gorriño y música del maestro Juan D'arienzo. Si por entonces hasta las efeme empezaron a transmitir programas completos de tango y las conferencias empezaron a multiplicarse en los centros culturales y en la Biblioteca Nacional cuando aparecieron los profesores argentinos a dictar seminarios sobre "La metafísica implícita en los ritmos arrabaleros" o "La influencia del existencialismo en la temática amorosa decadente de la poesía gauchesca y sus derivados". Mario Terencio esbozó la primera teoría de la praxis cotidiana de la diversidad emocional, conjuntamente con la tragedia existencial del hombre contemporáneo y todos asistimos entusiasmandos tratando de encontrar nuevas pistas para los acertijos de Ilufi, que nuevamente anotaba cada vez con un pulso más seguro "perdoneme doctor si yo he venido / a rogarle que me diga la verdad /" en los muros del Jota Jota Aguirre para que los médicos hicieran gala de su memoria tratando de completar la letra de Cucusita de Lucero y Riobal. Y los pacientes en coro terminaran desafiando "y en sus sueños vino el hada que pedía / y al instante la nena caminó! /

Y el mundo se fue transformando en eso; una intensa e inmensa melodía prepenada por todos a partir de los versos esparcidos en calles, en veredas, sobre adobes gastados, en lustrosas superficies que gritaban suave, muy suave, haciéndonos sentir a un Ilufi, siempre Ilufi, presente, ahora y, bueno lo demás era parte de esa historia en la que nos quedábamos parados por tardes enteras en las esquinas, pegados a la radio, escuchando cómo María Laporte acababa de ganar trescientos mil al haber adivinado Soy ladrón de un corazón y que Alberto Madrid con Un solo minuto de amor se había convertido en flamante propietario de un Fiat blanco, donde llevaría a la familia —según su pro-

pia confesión radial— al Quisco ya que hacía tanto tiempo que no tenían vacaciones. Jaime Hagel trató de tatarrear el Yo soy de la vieja ola, con música de Riobal, pero su voz se dilataba en el micrófono, apuntalando las e de la duda más profunda y nos dejaba sorprendidos en esa misma esquina con: "A ver las barras tangueras, hay que empezar a tallar... eh...". Y nos íbamos dispersando para el centro, a instalarnos en las puertas de las radios a esperar que nos llamaran, cuadernos bajo el brazo. Nos íbamos a pie, pues los choferes de la treintaidós también concursaban y los del quisco de diarios y hasta los periodistas. Así que la única manera de estar era estar, como había dicho el Pollo, para después sumergirse en el Choclo, en manos heridas y Pa'la muchacha. Y partíamos todos, cada uno cantando lo suyo, enfrascados en esa melodía indescifrable de "su cuna fue el barrio sus pilchas la noche, comentan que soy capaz los que saben de mis mentas, sé que es imposible y que no hay nada, sé que ya no existe tu balcón, no tuvo más historia que esa historia y perdiendo la vergüenza se quebró su orgullo, han pasado los años y al correr del tiempo, se vinieron abajo tus galas, bullanguero y cordial cantante, si vieras vos con que ansías la quería, quisimos juntarnos por purgo egoísmo, paciencia, la vida es así, ¡largá, viejo, largá...! ¡Canta le yur... le yur de gluar cest arrivé".

En su primer discurso el Magistrado llamó al orden la cordura y la templanza. Su voz resonó fuerte demasiado fuerte cuando habló del carácter delictual que habían adquirido los versos de Roberto Ilufi, desgranándose por toda la ciudad, el país, los medios de comunicación. Y sus palabras nos sonaron duras, demasiado poco melódicas a los que nos estábamos acostumbando a la métrica simple, a los versos y a las rimas más consonantes que asonantes. Algunos decidieron no escuchar sus palabras, porque interrumpían sus recuerdos y esos retazos de letras y melodías que seguramente les podrían hacer ganar más premios esta vez. Fue por eso que no escucharon cuando el Magistrado decidió poner fin a lo que llamó la ola de caos decadente y pernicioso, entablado una batalla directa contra esa forma de corrupción y que fuerzas especialmente preparadas con tapones de oídos o sordos definitivamente se encargarían de buscar al autor de tales desmanes y tropelías que

habían desembocado en ausentismo laboral, baja de la producción, pasividad y otros males muy ajenos según él al espíritu que nos debía animar. Las radios volvieron a sus programaciones antiguas, aunque ya casi nadie las escuchaba y los diarios empezaron a cerrar los concursos temerosos del Magistrado.

La pared de antes, inmaculada y espantosamente alba para Roberto Ilufi se encendió en la noche. Resonó la goma de las nor estar en lo que se suponía una carrera, un desesperado intento por ir más lejos. La pared de entonces, antes inmaculada y tremendamente alba, permaneciendo ahí, siempre ahí, estática y silenciosa, a punto de prometer el cielo, el verso, resonando lo que parece ser un chirrido de gomas de la que también parecen ser nor estar y los pesados pasos, las carreras más pesadas y fuertes detrás.

La misma pared de siempre y entonces como ahora, tan nunca inmaculada y generosamente alba donde resuenan los chirridos de la goma en carrera y las otras carreras más pesadas y numerosas detrás. La pared inmaculada y silenciosa donde rebota el estampido y el grito interminable de un "llanto en los ojos relea su carta" apurándonos el verso, esprei botado para internarnos en la noche oscura, más oscura que siempre. Fin.

Eduardo Correa (Viña del Mar, 1953). Tiene publicado: "Barparadise" (1987). Incluido en "Contando el cuento" (Sinfronteras, 1986).



ELIZABETH SUBERCASEAUX

JUANA

Caminaba lentamente, apoyada en un bastón. Sus piernas no podían ser más flacas. La falda harapiosa no alcanzaba a cubrirle las rodillas. Tenía el pecho hundido y el chaleco desabrochado.

Raúl la vio desde la ventana.

— ¡Viene una señora vieja! — gritó.

— ¿Para qué le pusiste Carmela a esta gallina que no quiere tragar? — preguntó Melania desde el patio trasero, y mirando enrabada a la Carmela; aunque tengas nombre, mañana te retuerzo el pescuezo. Gallina endemoniada — sentenció, lanzándola lejos.

— ¿De quién será la abuela? Tiene que ser la abuela de alguien, pero anda sin niño — se dijo Raúl.

La mujer estaba más cerca. Ya podía verle la cara. Tenía los ojos verdes y tan delgada era su piel, que la barbilla puntiaguda parecía un hueso al aire.

“Es una bruja”, pensó el chiquillo y se escondió tras el postigo, acercando sólo un ojo a la rendija. En ese momento apareció un perro. Venía corriendo. Se detuvo frente a la vieja. Ella también se detuvo. El perro comenzó a lamerle los tobillos y la anciana levantó la cabeza, apoyó las manos en el bastón y se quedó inmóvil, mirando al cielo.

Raúl abrió el postigo un poco. “Parece estatua. No se le mueve nada. El perro le están langüeteando las piernas”.

La mujer sonreía, pero apenas. Su cara se llenó de tristeza. Y de lágrimas.

— ¡Ahora está llorando! — gritó el niño.

— Llorando vas a quedar tú cuando te pegue un escobazo por haberle puesto nombre a la gallina — dijo Melania desde el patio. “¿Por qué será que cuesta tanto retorcerle el cogote a la Carmela? ¡No hay cazuela! Aunque sea San Gilberto. No hay cazuela. Papas con cuchoca y longaniza”, decidió.

En ese instante, el perro se enderezó y sus ojos se clavaron en los ojos de la vieja. Fue entonces cuando ella cayó al suelo: liviana y lenta, como si la fuerza de gravedad ya no existiera.

— ¡Mamá! La señora se dobló como un alambre, la señora...

Melania llegó corriendo y se asomó.

— ¡Una muerta... Una muerta en la calle! ¿Cómo no me avisaste a tiempo? Anda a decirle al cura y a tu papá que vengan.

El cura se hincó en la tierra: mientras le tocaba el pulso, apoyaba una oreja en el corazón.

(Continúa en la contraportada)

JOSE PAREDES

CAMINO DE FLORES

Cuando la primavera llegue, él vendrá. Sus ojos brillaron y salió corriendo a continuar el juego. La mujer sigue en su labor, triste. Intempestivo entra el niño. ¿Por qué no viene ahora? Donde él está hay mucha nieve y los caminos fueron cerrados, responde la madre. Ella se mueve de un lado a otro; tropieza con la mesa: cae el florero. ¿No van aviones ni barcos? Me has dicho que hay mar donde él vive, ¡mamá! Si hijo, un grande mar, extenso y tranquilo. Es un lugar, eso sí, muy remoto, queda tan, tan lejos, como las aventuras de los cuentos. Y tú sabes cuán difícil es escapar en esas historias. Recoge cuidadosamente las flores: las acaricia. ¡Si viene en la primavera, será pronto, estamos saliendo del frío, mamita! El invierno, no es fácil de enfrentar... a veces es largo... la primavera no ha sido amiga de nosotros, hijo. Al niño, acude la tristeza. ¡Tú me has contado que papá vendrá en la primavera! ¡No quiero verlo en fotografías! ¡No ha mandado ninguna carta! ¡Anda, anda a jugar, mi amor...! ¡No es culpa de papá! El niño la mira; la mujer frunce el ceño. El niño sale casi cantando: “En la primavera él vendrá...” Se aleja su voz. La mujer abre el armario, saca una botella de vino y un vaso. Se sienta: el florero cerca de su mirada. El vino que sorbe se une a sus lágrimas. No tendremos paz por largo tiempo... A lo mejor, él un día de éstos, llega... Borraron su rostro... Lanza la copa contra el muro de cemento. Con la cara entre sus manos, solloza quedamente. Entra el niño cantando marcial: “En la primavera él vendrá, y un camino de flores yo le haré”. Apresurada le quita la metralleta y el casco: ¡No juegues con esas cosas! El llanto del niño se une al de la mujer.

José Paredes; (Osorno, 1951). Estudios de Pedagogía en Castellano en la U. de Chile. Publicaciones: Roja Tus bocas (cuento, 1982). Autos de Fe (poemas, 1983).

LA GRACIA DE LAS POSEIDAS EN EXCESO

Somos Machos
y qué fue...

Míreme oiga mi m mmm (toda mosca de pelos revolotea desbaratando mi contemplación) mamita mijita rical (mora haragana sumida a tus piernas blancuchentas) mona de calendario atrasado, estampita manoseada, tú?

— señor?

— lameculos, chupamedias, agarrapatas, lo niegas?

— ¡pero señor!

— atrapapiernas inmunda, roecadera escandalosa, tampoco?

— quiero decir, señor...

— entonces, ricura de adentro, entonces?

Eran más de veinte, asegura, porque los primeros quince años hicieron lo que quisieron, mientras no se indisputara —demasiado— se entiende. Que alguno patentó un mordisco por su espalda espinillenta, que falló el blanco dos veces seguidas, que los demás fulminaron sus labios con feroz dedo, lo atestiguan las horas de vuelo de la acusada. No niega hasta que le besuqued ahí, ahí mismito en el nacimiento de la Tragedia. El jurado revisa interminable el cuerpo del delito. Su turno: Manzanas devoran pudores, me soplaron antes de penetrar. Apareciste doncella a la intemperie, altiro dejé de adolecer de adolescencia crónica. El cartel rezaba, tratamiento indoloro, asesina. Pero que rechina el sommier de serpientes, rechina. ¿Más pruebas? Y la filosa nicotina que amarilla las aureolas de vagancia por cada pezón (portas dedos de fumador empedernido, la de veces, no sé) Y ese insoportable olor a mentolato en los pliegues de tu vientre, reina de la cama elástica. Las malas lenguas dirán que una cala te florece entre piernas cada eclipse de persianas. Retírame esa piel de aire encima de la otra, nada de rodearse puros pelitos de luz ante la inminencia de sábanas. Ah, pagana, postrada sumisa, resucitas al ver los billetes, lo siento hembrilla golosa, no más one more, caballita de carrusel, acabó, pura en desecho, me bajo, virgen en pelota, no y no, puta más puta, ni la sombra te soporto, ni te absuelvo nada!

— mijito, me va a decir que es su primera vez?

— sí...

Marcelo NOVOA
(1964, inédito)



Dibujos: Andrés Sabella

SEMBLANZA

ROLANDO REVAGLIATTI

Ciruja soy desde que se murió mi mamá. Me sentía libre al principio, liberado; me lo merecía. Mientras ella vivió, era un pelagatos. En la gran ciudad. No voy a revelar cuál era mi ocupación. En todo caso, digna.

Mientras ella vivió, “el hijo de la sucia” me endilgaban. El slogan me dolía, como a cualquier hijo del vecino. Sí, porque soy hijo del vecino y de mi mamá. Del kiosker, el solterón de la casa de al lado.

Mi mamá, en efecto, no era propensa a la higiene. No era, además, una mujer dada, que se pudiera decir, comunicativa. Estrictamente, gruñía en ocasiones. Yo le preguntaba: “Mamá, ¿vino Isabel a buscarme?”: gruñido. “Mamá, ¿me hacés el nudo de la corbata?”: gruñía y me hacía el nudo de la corbata con una pericia deslumbrante. Comentaba: “Mamá, me aumentaron el sueldo”: gruñido. Y le proporcionaba una generosa porción de mis emolumentos para solventar los gastos de la convivencia. Trabajaba yo doble turno y ganaba por ese turno doble, el ochenta por ciento de lo que se me abonaba por el turno simple. Y aún me quedaba un ratito los días laborables para darle algunos besos a mi novia de la infancia, la adorable, la resignada Isabel. Escasas emociones en los primeros treinta años de mi vida.

Ahora soy un trahumante, difusamente melancólico. De Isabel me despedí apenas tomaba la ruda resolución de vagabundear. A mi mamá la llevo en el espíritu donde quiera que me traslade y con quien sea que me junte. Admitan en mi semblanza que la añoro. Tengo para mí que acabaré por hastiarme. Pronto cumpliré sesenta años, y no soy —cualquiera lo advierte— un triunfador.

Rolando Revagliatti. (Buenos Aires).

TELEMAQUIA

Juan José Arreola
(Mexicano)

Dondequiera que haya un duelo, estaré de parte del que cae. Ya se trate de héroes o rufianes. Estoy atado por el cuello a la teoría de esclavos esculpidos en la más antigua de las estelas. Soy el guerrero moribundo bajo el carro de Asurbanipal, y el hueso calcinado en los hornos de Dachau. Héctor y Menelao, Francia y Alemania y los dos borrachos que se rompen el hocico en la taberna, me abruma con su discordia. Adondequiera que vuelvo los ojos, me tapa el paisaje del mundo un inmenso paño de Verónica con el rostro del Bien Escarnecido.

Espectador a la fuerza, veo a los contendientes que inician la lucha y quiero estar de parte de ninguno. Porque yo también soy dos: el que pega y el que recibe las bofetadas.

El hombre contra el hombre. ¿Alguien quiere apostar?

Señoras y Señores: No hay salvación. En nosotros se está perdiendo la partida. El Diabolo juega ahora las piezas blancas.

PESADILLA

Roberto Araya G.
(Chileno)

Una noche soñaba que había muerto.

Cuando desperté, pude comprobar que el sueño era real.

— Si es así, no tiene objeto que continúe despierto —me dije y volví a dormirme. Desde entonces sólo sueño que estoy vivo.

EL CASTIGO

Jacques Sternberg

Aquí los delitos son muchos, pero el castigo es único, siempre idéntico. Se coloca al condenado ante el túnel interminable, entre los rieles de una vía férrea. A partir de ese momento el condenado sabe lo que le espera. Huye porque no tiene más que esa oportunidad. Alucinación, porque el túnel no tiene fin. El condenado corre hasta perder el aliento y después la vida. Sin embargo, se puede afirmar que nunca tren alguno fue lanzado por esa vía.

Libros de hoy

"CONTANDO EL CUENTO"

Ediciones Sinfronteras

Santiago, 1986

Nos encontramos ante una obra colectiva. Ramón Díaz Eterović y Diego Muñoz Valenzuela se abocan a compilar una selección de cuentos de 17 autores menores de 35 años; como en toda antología, pena la ausencia de algunos y pesa la presencia de otros, pero no era una labor fácil, considerando la dispersión, la carencia unitaria, física y literaria de un grupo de escritores que ni siquiera conforman una generación. Son escritores que se han desarrollado bajo "el toque de queda". La violencia de estado los ha marcado, los ha reprimido, los ha hecho crear sus obras sin conocer la libertad; nacieron a la vida literaria después del 73. "Nuestra adolescencia terminó y continuó al mismo tiempo" —dicen y es verdad.

Esto no supone identidad de estilos o de lenguajes; pero sí una actitud crítica que todos comparten, en menor o mayor grado. En algunos autores existe una cierta afinidad narrativa (Correa, Mihovilović, Mardones, Cohen), mediante el empleo del flujo de conciencia o la disgregación sistemática de la anécdota, características logradas con algunos desniveles estéticos y estructurales.

En los textos de Eduardo Correa la caótica y discontinua verborrea del hablante, que en los dos cuentos no sufre alteraciones, nos lleva a pensar que el autor si nos ofreciera una serie de textos incurriría en la misma voz, la del autor, lo que conduce a una reiteración de sus recursos que torna canjeables las atmósferas de los relatos. El peligro que acecha a este tipo de narraciones con pretensiones filosóficas o, más bien, a un exceso de virtuosismos verbales, es su propia indigencia conceptual, su débil arquitecturización cuentística. Este escollo logran franquear con pericia Mardones y Mihovilović, dos autores interesantes. El oficio de Ostornol se manifiesta en el rico tratamiento psicológico logrado en sus personajes.

Leandro Urbina posee un don de síntesis que orilla la perfección. Nada sobra en los relatos, la adjetivación es parca y estrictamente necesaria. Urbina narra desde una perspectiva verídica, auténtica, ambientada en un Santiago cognoscitivo y tangible. El lenguaje encierra en sí una fuerza indeterminada y una real autonomía.

En Cohen la ironía puntillista, la desmitificación reiterativa en el manejo de sus personajes, no nos permite

disociar al hablante del autor. Esto además de lucidez intelectual, redundante en algunos momentos, con la antétesis de escritores de mayor oficio, como los dos anteriormente mencionados. Pero incluso en Cohen indudables condiciones literarias, vuelo imaginativo, juvenil voz personal.

Las tres voces femeninas son de gran calidad. Elaboran la anécdota con evidentes conocimientos técnicos, especialmente Ana María del Río y Sonia González. Esta última emplea los diferentes puntos de vista del narrador con gran oficio, mediante un lenguaje de gran fluidez, con moderadas imágenes poéticas, logrando relatos redondos y sugerentes.

En Ramón Díaz y Diego Muñoz V., la anécdota no ha sido eliminada o disociada en sus textos. Ambos narran con cierta linealidad, conformando una historia, recreando atmósferas opresivas (Muñoz), o nostálgicas y profundamente humanas (Díaz). Son narradores jóvenes con experiencias maduras, profundamente comprometidos con el quehacer social, con mucho que decir y contar.

Roberto Rivera ambienta sus cuentos en Argentina. Sus personajes son trasplantados que luchan con las nostalgias del retorno, que sobrellevan sus angustias más allá de una realidad que les es adversa. La relación de pareja está hábilmente lograda, mediante diálogos veloces, de gran autenticidad. Rivera maneja un buen lenguaje narrativo, logra crear ambientes convincentes.

Paredes malogra en parte un excelente tema social por su afición desmedida de poetizar un texto que no lo necesita. En "Toples", sin embargo, con menos exigencia, logra un buen cuento, dramático y sorprendente.

Carlos Franza estructura muy bien sus relatos, con gran pulcritud de estilo.

Jorge Calvo construye sus narraciones partiendo de un hecho real, casi cotidiano —"Noviazgo"—, para posteriormente ir superponiendo atmósferas enrarecidas, inciertas, indefinibles, progresivamente obsesivas. El cuento no finaliza en el viejo truco del "coda iluminante", lo que fuerza al lector a dilucidar esas parcelaciones, a complementar la anécdota, a rearmar las piezas dadas por el autor.

En general 17 narradores jóvenes con tendencias ideológicas afines, metodologías encontradas, capacidades de indagación diversas, pero con una actitud común: inquirir por un futuro mejor, por un tiempo de libertad, desmitificando la realidad, esgrimiendo sus principios morales, enjuiciándonos y enjuiciándose.

Ramiro RIVAS

EL VERANO DEL MURCIELAGO

POLI DELANO

Ed. de Obsidiana, 1986

Esta novela breve viene a conocerse ahora en Chile, aunque su escritura data de 1982 y su primera edición de 1983 (Ediciones de la Universidad Autónoma Metropolitana de México), mientras Poli Delano permanecía exiliado en México. En 1984 el autor fue

autorizado a regresar y desde esa fecha ha publicado un volumen antológico de relatos: VEINTICINCO AÑOS Y ALGO MAS y algunas novelas como EL HOMBRE DE LA MASCARA DE CUERO y EL VERANO DEL MURCIELAGO.

Con un estilo llano y agradable, Poli Délano nos transporta ágilmente por el tiempo y el espacio: desde el Sur chileno visto por un adolescente a las andanzas de un tío aventurero que persigue su Maga por Europa, para rematar con una visión rápida y sobrecogedora del Golpe Militar en Chile: "la época en que Hitler llegó también a Chile" al decir del protagonista.

Se alternan dos historias en la matriz narrativa: por una parte las impresiones veraniegas del protagonista adolescente en el fondo del tío, por otra el amor platónico, mágico e inconcluso de Adelina y Raymundo. A pesar de que la narración se hace desde el presente rememorando hechos y desnudando la existencia del narrador, este hecho no afecta la continuidad ni la solidez del relato. El sobrino nos cautiva con la inocencia de sus quince años enfrentados a pruebas que resultan verosímilmente difíciles para esa edad. La espera eterna del amor interrumpido inunda esta novela de una cálida languidez llena de fantasía.

El tema del Golpe Militar irrumpe en la vida de los personajes con sus secuelas trágicas y sus cambios imprevistos. Tío y sobrino se reencuentran en nuevas circunstancias: "Se me quedó mirando, achicó luego los ojos como para enfocarme mejor y estar seguro, y entonces su sonrisa fue pausada y amplia. Nos abrazamos largo...". Más allá de todas las distancias y del tiempo transcurrido está la familia, el país esperando el retorno. Es nuestra propia vivencia de estos años.

EL VERANO DEL MURCIELAGO es un acertado fragmento de nuestra realidad. Podemos reconocer en esta nouvelle nuestra identidad nacional, nuestra problemática, nuestros paisajes, nuestro infatigable humor para soportar las adversidades. Sin duda podemos afirmar que, aunque leído y publicado con algún atraso en Chile, este VERANO DEL MURCIELAGO nos despierta a un mundo paradójicamente cercano y nuevo que Poli Délano nos ayuda a descubrir.

Diego Muñoz Valenzuela

TRAVESURAS DE UN PEQUEÑO TIRANO

Walter Garib Ediciones Sinfronteras 1986

El tema ha preocupado a muchos escritores. Desde el TIRANO BANDERAS hasta EL OTOÑO DEL PATRIARCA, este personaje del tirano ha desfilado, no sólo por la imaginación de Valle-Inclán y García Márquez, sino por la de Miguel Angel Asturias con EL SEÑOR PRESIDENTE y la de Fernando Jerez, ahora mismo, en coetánea aparición con el que comentamos, en UN DIA CON SU EXCELENCIA.

Garib, por su parte, ha enfrentado el hecho dentro de esta grande y prolongada tradición. Ha marcado el aspecto bufo del tema, sin dejar de expresar, por ese medio sesgado, el drama que se oculta para una "ciudad en la cual la libertad ha sido una costumbre", cuando alguien, mediante el apoyo de la fuerza y para satisfacer sus ansias personalistas de poder, ejerce su autoridad de mando en forma vitalia.

La obra que nos ocupa está escrita bajo la batuta de un director que conoce su propio ritmo y la manera de contagiarlo a la obra y al lector. Posee una amenidad intrínsecamente connatural al texto y, por lo mismo, arrastra al lector hasta enredarlo en su trama. Los parecidos que podemos cotejar con la realidad circundante, no son menores ni diferentes de aquéllos que nos mostraron las obras, más o menos clásicas, citadas anteriormente.

El espécimen del tirano no ha variado, ni se ha perfeccionado con el paso de los siglos. Solamente se ha definido más específicamente. Hay matices que entrega el medio. La natural direncia entre un tirano griego antiguo y un latinoamericano. Y dentro de estos últimos la diferencia, a veces no tan grande, entre un tirano bananero y uno más sureño. De cualquier manera, esta obra es una muy buena muestra de cómo nunca un tema será tópico cuando el autor sepa encontrar a su personaje y a los que lo rodean. Es decir, cuando logre el rango de obra literaria. Y si a ello se suma una gran capacidad para proporcionar entretenimiento, la obra merece el asentimiento de la crítica.

Debo dejar también constancia de otro mérito importante. Dentro de su rango de novela bufo-dramática o quizá novela tragicómica, la obra mantiene un tono y una valoración estilística continua. No está "estirada" ni tampoco es demasiado esquemática. Diría, sin temor a equivocarme, que el autor dio con la medida exacta que exigía la temática, evitando así un vicio que se ha hecho, más o menos, sistemático entre nuestros prosistas. Y ello implica una muy justa manera de ser humilde para enfrentar la magna tarea de crear mediante la palabra. No ha existido tampoco el propósito grandilocuente de sobrepasar medidas extraordinarias. Tan sólo se ha pretendido y se ha conseguido estar a la altura precisa y justa de lo que se narra y, en lo narrado, se hace vivir a los personajes y, junto a ellos, a los lectores.

La obra culmina con un Atanasio del Real, que es el nombre del tirano, aunque no sea el del bautismo, "condenado quizás hasta el fin de sus días a vivir de sobresaltos, perseguido por antiguas y nuevas experiencias, sin la mínima oportunidad de zafarse de su sino, de la rémora, vencido por la obsesión del poder, ignorando si al cumplir otro quinquenio, se iba a dar por satisfecho; o quizá las nuevas circunstancias lo empujarían a reincidir una y otra vez, a continuar guerreando, aunque de mentira, con esa extraña sensación de que nada es categórico en la vida, sean victorias o derrotas; que sólo la muerte vendría a ser, en definitiva, el verdadero ocaso de sus malditos sueños".

Guillermo TREJO

Viene de la pág. 16)

—Está muerta.
—Hay que avisarles a los parientes —dijo Estela.

Los vecinos se habían juntado alrededor del cuerpo. Todos hablaban al mismo tiempo: "Vaya uno a saber dónde viven los parientes", "esta mujer no es de Sauzal ni de Puyehue", "tiene los zapatos rotos", "el chaleco está zurcido", "pobrecita, mírale la cara: murió llorando".

—¿Cómo se llamaría? —preguntó Raúl.
—Juan —respondió Gilberto con los ojos fijos en el cuerpo descarnado— los que no tienen nombre se llaman Juan.
—Ella era una señora —insistió Raúl.
—Se llamaría Juana —dijo el cura.
El perro movió la cola y se echó junto a la muerta.

Elizabeth Subercaseaux (Chilena). —El cuento incluido en este número pertenece a su libro "Silendro", publicado en 1986 por Las Ediciones del Ornitorrinco.



Editada por:

Jorge Montalegre, Hernán Venegas,
Pia Barros y Luis Albornoz.
Correspondencia a:
La Castaña. Almt. Simpson 7
(Sociedad de Escritores de Chile),
Santiago

(Viene de la pág. 2)

Crúces apiladas al otro lado de la extensa bahía que nacía ahí mismo y dibujaba la media luna. Me sentaba digo, a mi escritorio y lo tomaba entre mis manos. Veía su agua mecerse suavemente, ondular como el paso de una brisa ligera, avanzar la ola inofensiva con su ritmo inconvencible hasta chocar contra la pared transparente de esa cajita mágica y luego devolverse en un pequeño remolino. Después, un movimiento de mano y las aguas se agitaban y se levantaba violenta la espuma y las olas crecían, se hacían gigantes, azotaban y yo ahí, en mi escritorio viéndolo todo, temeroso de que siguiera la tormenta. Pero eso de los largos ratos después del trabajo, era sólo al comienzo. Más tarde fue creciendo el tiempo y empecé a faltar a la oficina. Me levantaba por la mañana y trataba de no pasar frente al estudio para evitar la tentación, pero de pronto, antes de salir, me engañaba a mí mismo, echaba de menos cualquier cosa para tener el pretexto de entrar y entonces abría sigilosamente la puerta, lleno de un temor muy hondo. Allí estaba, sobre la mesa escritorio bermellón. Ahí empezaba una vez más a deleitar todos mis sentidos, porque aunque esas olas encerradas no rugían, yo las escuchaba y escuchaba también la fuerza del viento y me iba quedando, olvidado ya del reloj, lejos de la oficina, lejos de todo, cerca sólo del mar. Así fue como empezaron mis ausencias del trabajo, gradualmente, hasta ahora en que me trajeron aquí, en que ya no salgo de esta habitación blanca donde vivo solo con el mar. Me ha crecido la barba y se me han agrandado los ojos. No suena ya más el teléfono y a veces, cuando me comparo con los otros, los lejanos y los que nunca ya veré, me aferro a la idea de que es por eso que me salvo. Que es el mar que tengo encerrado entre cuatro paredes de acrílico la razón de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que.

Poli Délano: (Chileno, 1936) Algunas de sus obras: "Piano Bar de solitarios", "Vivario", "En este lugar sagrado".





LIBRERIA

Lo mejor en literatura chilena y universal,
poesía, cuentos, novelas, ensayos sociopolíticos,
revistas literarias, novelas policiales.

MONJITAS 288
(frente al Parque Forestal)



LIBRERIA

Lo mejor en literatura chilena y universal,
poesía, cuentos, novelas, ensayos sociopolíticos,
revistas literarias, novelas policiales.

MONJITAS 288
(frente al Parque Forestal)



LIBRERIA

Lo mejor en literatura chilena y universal,
poesía, cuentos, novelas, ensayos sociopolíticos,
revistas literarias, novelas policiales.

MONJITAS 288
(frente al Parque Forestal)